

Dos siglos de pintura colonial colombiana

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

Las empresas privadas cada día aumentan las razones para ganar simpatías entre el público. La propaganda bien encaminada ha sido una de las principales, pero no tanto quizá como el apoyo dado a las iniciativas de escritores y artistas. Más concretamente, el patrocinio a la publicación de libros a todo lujo. En esta forma, han aparecido biografías de nuestros grandes artistas con reproducciones a todo color de sus obras principales, monografías sobre nuestras ciudades, recopilación de excelsos dibujantes cuyas obras estaban casi perdidas en el tiempo, reediciones de obras famosas ya inencontrables. "Celanese S. A." acaba de lanzar la obra de Eduardo Mendoza Varela *Dos siglos de pintura colonial colombiana*, en ediciones "Sol y Luna", ya con larga experiencia en la materia. Quizá el grave defecto que a esta suerte de empresas que podríamos llamar especializadas, le encontramos nosotros y le encuentran muchas gentes del país con quienes hemos tenido la oportunidad de conversar, es lo limitado de su circulación, pese a

los tres mil y tantos ejemplares, pues la oficina encargada de la faena distribuidora los hace llegar primero que todo a las manos de muchas gentes que sin duda alguna aprecian la calidad del regalo pero cuyas ocupaciones no son las indicadas para la difusión que se persigue. De tal suerte que quienes están en capacidad de comentar, aquí y en el exterior, en diarios y revistas, se quedan con el deseo de poseer uno de los codiciados volúmenes.

Mendoza Varela, uno de los escritores mejor cotizados de hoy en Colombia, ha demostrado desde hace mucho tiempo, a través de ensayos ampliamente difundidos, su interés por el arte colonial, en cuyos vericuetos se adentra con la maestría de quien se sabe conocedor de todos los caminos. Por eso su libro está escrito con independiente criterio, objetiva visión, en vocabulario huérfano de términos que suenan a falsa erudición. Porque es la suya una prosa que aúna las cualidades del escritor castizo y el periodista acostumbrado a

comentar para la gente corriente y moliente los sucesos de cada día.

Su obra supone una exhaustiva búsqueda en todas las fuentes de la pintura colonial, a pesar de que el autor asegura que "la investigación no es mi fuerte". Ha sacado, merced a esa tarea, una serie de nombres que suenan por primera vez en los oídos de los colombianos, pues aparte de Vásquez Ceballos, los Figueroas y Acero de la Cruz junto a Medoro, nadie tenía idea exacta de que hubieran existido los cincuenta y tantos que debidamente reseñados aparecen en el libro que nos ocupa.

Didáctico, en el mejor sentido de la palabra, es el ensayo de Mendoza Varela. Serenamente, con la imparcialidad necesaria para una clara demostración de su objetivo, toma a cada uno de los maestros precursores del arte de la pintura entre nosotros, sin faltar al respeto, que se merecen todos ellos, desmenuza su obra, califica sus influencias y los deja en el sitio exacto que deben ocupar. Sereno análisis, libre de retóricas y alcances interesados, de nuestra historia artística de los siglos XVII, XVIII y XIX. En estas alturas aisladas, esperando barcos que llegaban muy de tarde en tarde, nuestros artistas obedecieron a una voz niveladora que los obligó a producir, tarea no muy brillante, desembocando en un estancamiento que Mendoza califica de característico en las centurias por él disecionadas.

Las iglesias y las comunidades religiosas eran los únicos mesenas de los artistas por esas calendas, lo que explica la uniformidad en la temática y si se quiere en los

estilos, derivados todos de las reproducciones que de vez en cuando caían en las manos de nuestros pintores. A eso debe agregarse la carencia de elementos adecuados al oficio, pues los pinceles y los colores debían ser preparados en casa, para hallar el mérito real de esas obras, que ya vistas hoy a la luz de otras consideraciones técnicas y ambientales, presentan muy distintas características de las que en su día podían ofrecer.

Pero entre todos sobresale Vásquez, a quien Mendoza califica de heroico en su tránsito terrestre y en su devoto quehacer, pues pudo afirmar una personalidad, una identificación en sus lienzos, llamados a ser el centro del arte de su época, pues "resulta inconfundible en el color y, particularmente en el dibujo. Nadie, por lerdo que sea en estas cosas, puede confundir fácilmente una cabeza de sus madonas o un angelillo de aquellos que vuelan sobre sus composiciones más avanzadas", según dice el ensayista al estudiar las telas del santaferreño inmortal. Las mismas que ahora se disputan los coleccionistas, pagando trescientos mil y tantos pesos por una docena de ellas y cincuenta mil patacones por otra, quedando todo en la misma familia. Origen también los enormes cuadros que ejecutara el maestro en su casa de La Candelaria, del comité que se ha formado para lograr, y ojalá que la iniciativa tenga éxito, que esa mansión, hoy casi en ruinas, sea la base del museo que llevará su nombre.

Admirable desde todo punto de vista el estudio que Mendoza Varela hace sigilosa y cronológicamente de esos seres que en una ciudad tranquila y pacata dedica-

ron sus vidas a manchar lienzos, sacar viruta en las tallas de columnas, retablos y púlpitos, haciendo vírgenes y más vírgenes rodeadas por angelitos regordetes y barrigones. Libro que debería conocer una edición popular desti-

nada a todos aquellos que apenas saben de oídas o en muy escasa medida las cosas del arte colonial, para que en sus páginas pudieran entender y por lo mismo apreciar afectivamente el patrimonio artístico nacional.